

Noé Katz: el contagio de la imaginación

José Gordon

La escena sucede en Europa a finales del siglo XIX. Un grupo de alumnos sale con frecuencia de día de campo. En una de esas ocasiones, aparece durante el paseo la estampa de un acueducto romano; el maestro explica los detalles técnicos de la construcción: cómo y cuándo se había hecho, cuál era su función, la cantidad de agua que encauzaba. Un muchacho de once años saca un cuaderno de dibujos que siempre lleva consigo. Observa los arcos. Traza un bosquejo del acueducto y le dibuja unos zapatos a los pilares.

“A partir de ese día, todos los acueductos han caminado; no verá usted un acueducto que no camine”, dice el escritor George Steiner en el libro *Los logócratas* (FCE, Síruela), a propósito del contagio de la imaginación que genera el arte de ese muchacho que se llamaba Paul Klee.

Noé Katz (1953), es un artista plástico mexicano que fue tocado por la obra de Klee. Cuando Katz recuerda sus primeras influencias en el mundo del arte, están presentes las visitas al museo en la compañía de su padre y los libros con cuadros de Paul Klee. Al hojearlos, Katz descubría a un artista que pintaba igual que un niño de primaria y le revelaba las posibilidades de una percepción que se permite salir de la caja visual en que estamos encerrados.

Dice Katz: “Miraba durante horas sus cuadros en un libro que me regalaban. Creo que gracias a Paul Klee y Diego Rivera, tomé la decisión de convertirse en pintor y cobré conciencia de la fuerza que tenían las imágenes generadas por el pincel. Todavía recuerdo estar contemplando aquel mural de los aztecas en el Palacio Nacional y casi sentir el desmayo ante el poder de aquella expresión que se descubría ante mis ojos”.

La lección de la intensidad del color quedó grabada

para siempre; también un juego de humor con las formas en donde se expresa un diálogo que a la vez es homenaje a quienes lo han marcado: desde Miguel Covarrubias y Frida Kahlo hasta José Luis Cuevas y Marc Chagall.

El arte de Katz asume el sincretismo de una cultura de origen judío que emigra a México desde Polonia. En 1970 viaja a Europa en donde inicia sus estudios formales en la plástica. Esta experiencia la traslada y traduce nuevamente a México. En la Escuela de Diseño y Artesanías del INBA concluye un importante ciclo de aprendizaje en el año de 1976. Desarrolla una técnica pulcra, vinculada al mundo del cartel y el diseño, experimenta en la escultura, en el mundo de la impresión y el grabado. Su trabajo se ha presentado en colecciones públicas en México, España, los Estados Unidos y es especialmente apreciado en Japón en donde realizó las puertas del Museo de Arte Moderno de Omishima-Hiroshima, al igual que varios proyectos de escultura al aire libre.

En este recorrido, Katz es consciente de que su obra forma parte de un diálogo incesante con una tradición en donde aparecen Chillida, Tamayo y el arte pop, la presencia urbana, la soledad y los viejos y nuevos mitos plásticos reelaborados en rostros que tienen como constante unos labios finamente trazados.

En este viaje del sincretismo, del contagio de la imaginación visual, me quedo con una estampa, literalmente una estampilla, un timbre de correos cancelado por el Servicio Postal Mexicano y dibujado por Katz: un cactus mexicano tiene la forma del candelabro judío de siete brazos. A partir de ese momento, ¿podremos ver al anochecer cómo se encienden las luces en esas formas bíblicas del desierto?